los hombres, sea sellado con el sello de mi cuerpo muerto y sacrificado por el amor, que he tenido á los hijos de los hombres. Ponme sobre tu corazón, para que ese odio que tienes al pecado deicida, sea sellado con el sello de mi cuerpo muerto por el pecado. Ponme, sí, como sello sobre tu corazón y como sello sobre tu brazo, para que al contacto de mis llagas, puedas decir, en el colmo de tu dolor: las saetas á ti dirigidas se me han clavado sobre el corazón. *Sagittae tuae infixae sunt mihi.*

II

Ya hemos visto á María apenada por el lamentable estado de su Hijo, muerto por el pecado de los hombres. Ahora la hemos de ver entristecida por el lastimero estado del pecador impenitente. Hagamos primero la descripción de este estado.

«¿Quién jamás se puso en armas contra Dios y le resistió que tuviese paz (1)?» Son palabras de Job, que hacen caer al alma de la altura de sus vanos pensamientos en el abismo de la omnipotencia de Dios y de la terribilidad de su justicia. Porque, en realidad de verdad, Dios es el brazo que nos sostiene, la mano que nos guía, la luz que alumbra nuestros caminos, y en siendo nosotros contra Dios, todas las cosas serán en contra de nosotros sin tregua ni descanso. Tendremos batalla dentro de nosotros mismos, y todas las cosas de la tierra se levantarán en contra de nuestra conciencia. ¿Y dónde buscaremos entonces la paz? ¿Por ventura, en nuestra voluntad? De ninguna manera, que nuestra voluntad estará sujeta á la más baja y miserable de todas las servidumbres, mientras no

(1) Job, IX, 4.

se desate de los vínculos del pecado. ¿Acaso en nuestro entendimiento? Tampoco, que como conocedor de la miseria en que vive, no hallará sosiego en sus íntimas operaciones. ¿Quizá en los trabajos á que vivimos sujetos, como descendientes de Adán? Menos aún, porque aquéllos serán tan grandes, que se los podrá llamar castigo especialísimo de nuestra rebeldía contra Dios. ¿Por ventura tendremos la paz en nuestra memoria? De ninguna manera, porque, de una parte, nos recordará nuestras infamias, por las que merecemos el desprecio del mundo, y de otra, nos asaltará con el miedo terrible de nuestras postrimerías. Pues, siendo esto así, ¿qué estado más lamentable que el del pecador, ni qué dolor más grande que el de María, al contemplar en estado tan miserable aquella alma redimida con la sangre de su Hijo?

Porque, comenzando por la baja servidumbre á que vive sujeta el alma pecadora, ¿qué cosa hay más esclava en la tierra que la que vive dominada por el mundo, el demonio y la carne? Por el mundo, á quien se entrega el que tiene pensamientos y deseos de vanagloria, que de día y de noche sueña cómo podrá alcanzar más estima de los hombres, y que todas sus acciones las acomoda al capricho y gusto de las gentes. Y si con tales cadenas vive atormentado y sujeto el que está lleno de deseos de vanagloria, no lo es menos el que está aprisionado por los lazos lujuriosos de la carne. Fáltale el sueño y las ganas de comer, y si de altas cosas tratare, todas ellas llevarán el sello de los inmundos deseos de su corazón; porque aquella mala concupiscencia á todas partes le acompaña. Luego el lujurioso es continuamente asaltado del miedo de sus malas acciones, y teme á la justicia de los hombres, teme la indignación de la familia á quien trata de deshonrar, teme el ridículo en que le hacen caer las exigencias de su malhadado amor, y corre de acá para acullá, siempre llevando retratada en el semblante la ansiedad y la tortura de su conciencia.

Pues, ¿qué es esto, sino caer de la altura y libertad de hijos de Dios, á la baja servidumbre de esclavos viles del demonio? ¡Ah cristianos!, cuando del monte excelso de la virtud venimos á parar al abismo de tantas miserias y en él nos olvidamos de los días de nuestra gloria, y dejamos en miserable abandono las empresas que acometieron nuestros espíritus, somos, y permitidme que lo diga, los Hércules ridículos del gentilismo, que después de vencidos todos los monstruos del mundo y del infierno, nos dejamos vencer del amor de la carne, y abandonando la potente maza de la virtud, nos ponemos á hilar sin decoro en la torpe rueca de los vicios. Pueblo que, esclavo de las viles pasiones, aullas libertad en la inmunda cloaca del pecado, rompe las cadenas con que te ata el mundo, el demonio y la carne, y serás libre como los rayos del sol, que nunca se amotinan, como los oasis del desierto respetados por el simoun, y como los ángeles del cielo adonde no llegan las desdichas de la tierra.

Y si el pecador no halla la paz en su voluntad esclava, tampoco la encontrará en su entendimiento. Porque el entendimiento es el sol que alumbra el día de nuestra vida, y si el suelo de nuestras obras estuviese inculto, lleno de cieno y de podredumbre, de esta manera lo ha de mirar el entendimiento, recibiendo pena, por no ver á la voluntad amoldada á la norma de la justicia. Y miedo ha de sentir á todas las horas del día, de que el castigo de Dios venga sobre el que tales delitos comete. Y lo más terrible, cristianos, es que no en vano teme de tan extraña manera y se atormenta el entendimiento del pecador; porque Dios ha dicho por Moisés, hablando de las rebeldías de los hombres: «*Fuera los desolará la espada y dentro el pavor* (1).»

Pero la más extraña manera de castigo que el entendimiento sufre, es, que sabiendo él las penas que en esta vida y en la otra se reciben por las culpas, se vea obligado á suministrar á la voluntad los medios con que ha de llevar á cabo las ofensas de Dios. La voluntad extraviada manda y el entendimiento obedece; y como casi siempre el hombre se enreda en laberintos de pecados de los que piensa que no puede salir sino á costa de más pecados, el entendimiento se los sugiere, perdiendo su reposo. El es, pues, el que inspirado por el demonio, inspira á su vez al hombre que está en ruina la mala pasión del juego ó del robo; él es el que al lujurioso aconseja la hipocresía del amor delante de la doncella; él es el que al adúltero sugiere la muerte de su rival; él es el que al avariento proporciona los medios de comerciar con la sangre del pobre; y él es, en fin, el que murmura á los oídos del ambicioso la destrucción de las naciones.

(1) Deut., XXXII, 25.

El fué el que á David aconsejó la muerte de Urias para cubrir la honra de Betsabé; él fué el que á Atalia aconsejó la muerte de todos sus nietos, por mantenerse en el trono; él fué el que á Jeroboán, usurpador del reino de Israel, sugirió el consejo de hacer cambiar á sus vasallos de religión, erigiendo dos becerros de oro, el uno en Dan y el otro en Betel, para que sus súbditos, adorando otro Dios distinto que las demás tribus, no volvieran á la obediencia de su legítimo soberano. El fué el que puso en los labios de los dos infames viejos, calumnia contra Susana. El fué el que inspiró el beso de traición á Judas, y el que puso delante de Pilato, que entregaba á Jesús, el agua para lavarse las manos, cuando tenía manchada la conciencia. Y el entendimiento que todos estos crímenes sugiere por obedecer á la voluntad, de maestro que enseña y de luz que ilumina, viene á quedar reducido á la miserable condición de esclavo vencido, que sufre las injurias de la voluntad antes súbdita suya; y llega á ser, en fin, la horrenda tea que alumbra en mal

hora la piqueta de la revolución, que destruye los templos y los palacios de las naciones.

Y así como el pecador no encuentra paz en su entendimiento, tampoco, finalmente, la encuentra en su memoria (1). «*Huye el impío, sin que nadie le persiga*», dice Salomón en sus Proverbios. ¿Y sabéis de quién huye? Pues corre de sí mismo. Huye de su mala conciencia, que le remuerde. Corre de sus pecados, que le traen temor del juicio que le espera. Y pensando en el juicio, en ninguna parte se cree seguro, y á todos los lugares se encamina, y por dondequiera que va le acompaña el temor del infierno, porque está cierto que ese ha de ser el fallo de la eterna justicia. Y aunque parezca que los malos no se acuerdan de sus postrimerías, y esa es la razón por que llevan esa vida depravada, yo os digo, que siempre traen consigo, y á pesar suyo, el pensamiento de ellas.

Injurias vomitan contra Dios, cuando están en la presencia de las criaturas; mas cuando quedan solos y apartados en sus obscuros aposentos, acomételes el temor de estas cosas, entre las cuales, la primera que se halla es la muerte. Y aun cuando ellos tienen muchos deseos de vivir, se dan á pensar en que ha de llegar un día que sea el postrero. Y trabajan por retirar de su imaginación tan terrible idea, y la imaginación cobra alas con aquella lucha, y comienza á volar, sin que la voluntad sea poderosa para atajarla, por la atmósfera obscura de la muerte.

Y luego ve que la enfermedad le asalta y bate con todo rigor las fuerzas de su cuerpo, que desfallecido de la pelea, al fin se rinde y se postra; y ve que la vida se acaba y con ella se consumen todos los deleites y pasatiempos que con tantos cuidados él buscó; ve que los altos empleos y dignidades, y las riquezas que allegó con tantos sudores, de nada sirven para libertarle de las garras de la muerte, según aquello del sabio: *no aprovecharán las ri-*

(1) Prov., XXVIII, 1.

quezas en el día de la venganza; la justicia es la que te librará de la muerte (1). Y la imaginación, avanzando en aquellos temerosos pensamientos, advierte que los amigos que el pecador amó más en la tierra, son los primeros que se alejan de él por no afligirlo en aquella hora con su presencia; y que por premio á tantos favores como El les dispensó con sus pecados, ellos solamente le darán ahora siete pies de tierra, donde abrirán el hoyo que le ha de sepultar en la casa de los muertos; y luego advierte, que al fin el ánima, no pudiendo amparar por más tiempo las fuerzas desfallecidas de los miembros, se entristece con la más terrible de las penas y abandona el cuerpo y se va á la región de las eternas justicias.

Y la voluntad desesperada con tan horrible visión, si no entra en congoja en medio de sudores de muerte y de lágrimas de miedo, hace un soberano esfuerzo y manda, airada, á la memoria que cierre los ojos ya y cese de representarle tamañas desventuras; pero la imaginación está entonces reñida con la voluntad y no hace caso de sus gritos, y sigue el ánima del pecador hasta los pies del trono del Altísimo; y allí, son tales las cosas que ve y tan extrañas á sus ojos, que embargada con la grandeza de ellas, solamente balbuce, como niño que no sabe hablar y con voces confusas y obscuras, da cuenta de lo que ha visto, á la voluntad y al entendimiento.

Allí ve que los juicios de Dios son muy diferentes de los de los hombres. Allí ve que se le toma cuenta asaz estrecha hasta de los más leves pensamientos. Allí ve pesadas en la balanza de la justicia eterna todas sus malas obras, que son tantas en número y tan grandes en perversidad, que hacen peso con el alma á los abismos. Allí ve al alma sola y desnuda ante la presencia de Dios, sin tener ya pies para volver atrás de su mala vida, ni tiempo en que comenzar otra nueva. Allí, mirada por

(1) Prov., II, 4.

aquellos ojos que todo lo escudriñan, el alma se torna muda y no encuentran excusas ninguna de sus pecados. Allí salen todos negros y miserables sin el velo de la hipocresía, sin la ropa de la aparente necesidad, sin el manto de la falsa generosidad, sin la máscara de la astuta cortesanía.

Allí se ve claro que fué el bajo deseo de parecer bien á los hombres, no el temor al ridículo, el que vistió á la doncella con el traje provocativo y la lanzó á la furia de los bailes. Allí se sabe cierto, que no fué la defensa del honor la que dió motivo á aquel lance sangriento, sino únicamente la falaz envidia ó la iracunda venganza. Allí se sabe cierto, que no fué el amor á los hijos el que aumentó el interés del lucro, sino el deseo desmedido de las riquezas. Allí..., cristianos, ve tantas cosas la imaginación, tantas cosas que en realidad de verdad han de suceder, acusa la memoria de tantos crímenes al pecador impenitente, que el pecador, en vez de postrarse arrepentido ante los pies de la infinita misericordia, que bien pudiera hacerlo así, da consigo en alas de la imaginación en el infierno, imitando en la tierra con el pensamiento lo que muy ciertamente ha de suceder al fin de la vida.

Y este es, ¡oh cristianos!, el estado del pecador impenitente, el cual estado, si no es para sentir, no sé yo qué cosa habrá digna en la tierra de sentimiento. Conmuévense, pues, las entrañas de María ante esta representación, y viendo ligada aquella voluntad con los lazos de la carne, del mundo y del demonio, acuérdase de aquellos tres clavos que traspasaron las manos y los pies del Redentor; y mirando en su cuerpo exánime las heridas abiertas por ellos, siente que se le clavan en el corazón y que otra vez se le tornan á clavar, porque considera el alma del pecador presa y herida por el demonio, que enreda sus pies para que tropiece y caiga, y por el mundo y la carne, que la llevan, como asida de las manos, á todos los lugares del crimen y de la ignominia.

María siente dolor por aquella inteligencia depravada que su Hijo vino á iluminar con los resplandores de la verdad, que es la vida, y que ahora padece atormentada por un enjambre de siniestros pensamientos salidos de su seno, para coadyuvar al mal y rechazados y vueltos contra ella para martirizarla. ¡Ay!, aquellos negros pensamientos forman en la clara inteligencia de María una diadema de fuego que la tortura, y de la propia manera que las heridas abiertas en la cabeza de Jesús por la corona de punzantes espinas, las siente reproducirse una por una en su amoroso corazón de Madre. Que si Jesús fué concebido en su vientre por voluntad del Eterno, también es Madre de aquellas almas por voluntad de su divino Hijo.

María, en fin, ve aquella alma estremecida por los tenebrosos recuerdos de su memoria y las horripilantes representaciones de su imaginación; la ve atormentada por los recuerdos de sus postrimerías y oye los gritos de su desesperación, que se asemejan al eterno crujir de dientes de los condenados en el infierno; y como aún no ha sido fulminado contra aquella alma el fallo definitivo é irrevocable de la divina justicia, María siente sobre su corazón de madre todos aquellos torcedores pensamientos que acongojan y desesperan al alma del pecador y que compara á los terribles azotes y malos tratamientos que los verdugos dieron á Jesús, y sale allá del fondo de su corazón una voz compasiva y llorosa, que dice de esta manera: Alma redimida con la sangre de mi divino Hijo y con dolor de mis entrañas, ten compasión de tu Madre y duélete de tus delitos, porque las saetas con que te hieren tus pecados, se me están clavando una por una en mi atribulado corazón. *Sagittae tuae infixae sunt mihi.*

¡Ea, pues, almas cristianas redimidas con sangre de Cristo y lágrimas y pesares de su Madre, pues que los pecados son saetas que hieren á Jesús y traspasan el corazón de María, desterremos de nuestras almas el peca-

do! Almas muertas por la culpa, tristes imágenes del cuerpo del divino Redentor, muerto por las culpas de los hombres, acercaos á la probática piscina del tribunal de la penitencia y limpiaos allí de las manchas que os afean María os lo ruega; atendamos á sus súplicas, porque al resucitar nosotros, muertos por el pecado, á la vida de la gracia, parecerá á la Virgen en este supremo dolor, que en sus brazos resucita y toma vida el divino Redentor muerto por los pecados de la humanidad en el Calvario.

Sea esto así, ¡oh dolorosa Virgen de las Angustias y Madre mía!; haz que arrepentidos de nuestros delitos y con eficaz propósito de la enmienda, nos acerquemos al Jordán de la penitencia que limpia la lepra de los vicios, para que siendo nuestros corazones dulce morada de Jesús y trono de virtudes preparado para Ti, podamos un día cantar el himno glorioso de la Resurrección eterna en las mansiones del cielo. Amén.

OCTAVO DOLOR

Entierro de Jesús.

> Lapsa est in lacum vita mea et posuerunt lapidem super me.
> Cayó mi vida en el sepulcro y pusieron la losa sobre mí.
> (THREN., III, 53.)

TODA gloria implica batalla, y el descanso trabajo, y el poderío conquista. Los reyes más gloriosos de la historia fueron siempre los más batalladores; los tronos más pacíficos fueron los que en su principio hubieron de vencer más dificultades y contratiempos; y los imperios más poderosos no se formaron en el tranquilo deleite de la paz, sino entre las rudas jornadas de la guerra. Y esta ley, de la que ninguna criatura está exenta, se cumple también en la misma naturaleza inculta y salvaje; porque á la hermosura y templanza de la primavera, preceden los hielos y aires desabridos del invierno; á los frutos gustosos del otoño los calores y sequedades del estío; á las tintas risueñas de la aurora, las mudas y temerosas sombras de la noche, y al suave murmullo de las olas del Océano en día bonancible, los roncos mugidos de la tempestad, que todo lo desconcierta y amotina.

Ni á hombres ni á cosas quiso Dios librar de esta ley,